

«Jesús lo miró con cariño»

«Busca méritos, busca justicia, busca motivos; y a ver si encuentras algo que no sea gracia» (san Agustín). Solo en esa clave —la *primacía de la gracia*— se entienden celibato, pobreza y obediencia.

El encuentro de Jesús con el joven rico (Mc 10, 17-22), como otros textos que nos son familiares, puede sonarnos a «sabido». Sería una pena que no nos sorprendiera.

El hombre se fue triste; se perdió lo mejor. Quizá no se dio cuenta de la mirada de cariño de Jesús, que valía mucho más que todas sus riquezas. No hay nada parecido a encontrarnos un día con los ojos del Maestro y escuchar de labios del Señor: «cuento contigo, ¿te vienes?» Sin duda hay un momento en que los ojos de Jesús son el tesoro por el que uno vende con alegría lo que tiene; la mirada de Jesús vale más que todas las riquezas; más, sin duda, que nuestros propios planes, que de pronto se han quedado viejos, porque el Señor tenía otros distintos. En ese «conmigo» que Jesús repite está el sentido de lo que somos, de nuestra vocación. Con Jesús.

Hoy Jesús nos recuerda que solo el dejarlo todo asegura la fidelidad. Todo, del todo y siempre... Solo así seremos libres para seguir al Señor. El Señor nos quiere enteros, porque él lo da todo. Busca obreros para su viña dispuestos a dejarse las manos en la faena, porque él se las deja. Quedarnos a medias, vivir a medio gas, no merece la pena.

«Lo hemos dejado todo...». Celibato, pobreza, obediencia

El «dejarlo todo» —familia, bienes, pareja, futuro, planes— nace de la relación afectiva con Jesús. Y solo a partir de esa relación afectiva, de la pasión por Jesús, se entiende y se sostiene nuestro celibato, la pobreza, la obediencia, el dejarlo todo. Somos pobres, obedientes y célibes porque Jesús lo fue. Y queremos ser como él. Lo recuerdan aquellas palabras de Carlos de Foucauld: «Dios mío, no sé si es posible a ciertas almas, al verte pobre, seguir siendo ricas voluntariamente...; en todo caso yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosa de conformidad, de semejanza».

Si el «conmigo», el «con Jesús» y el «como Jesús» son el centro de nuestra vocación, el celibato y los demás nacen de esa pasión por Cristo. Es el deseo de amarlo a él porque sí, por sí mismo. Quien sigue a Jesús —quien se siente arrebatado por él— vive con el deseo de ser como él. De llevar sus marcas.

El Señor no idealiza las cosas: el seguimiento tiene sus exigencias y Jesús las deja claras. En cada momento, en cada edad, se viven de una manera. La dificultad del celibato no viene solo —que también— de la abstinencia sexual, que cada uno vivirá de modo distinto, quizás según su propio temperamento. Creo honradamente que hay cosas que cuestan más: cuesta más asumir que no habrá nadie a quien puedas decir «tú eres mío», que no le podrás poner el adjetivo posesivo a

nadie. Que no podrás aspirar a ocupar en el corazón de nadie un lugar que no te pertenece.

El mismo Jesús garantiza a cambio «casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras» y qué verdad es. Uno va entrando en tantas historias por las que da gracias cada día, como Jesús repasaría los rostros de tanta gente en las noches de oración con el Padre. Tanta gente que ríe o llora contigo, con la que rezas, a la que quizás consigues asomar al rostro del Señor... Compartes con ellos un trecho del camino... para luego seguir caminando. No nos pertenecen, no podemos «hacerlos nuestros»...

Con la pobreza y la obediencia pasa otro tanto. Don Antonio Dorado nos decía a los curas en una ocasión: «El ser propio del sacerdote consiste en no pertenecerse, en la renuncia a ser nosotros el centro de nuestra vida... Quien acepta la misión ya no se pertenece, renuncia a sus derechos; los derechos están ya de parte de la gente. Nuestro oficio es servir». La vida no nos pertenece, ni la persona, ni la salud, ni la carrera. Les pertenece a ellos, al Señor y a la gente. La gran pobreza (y la gran alegría de la pobreza) es abandonar los propios planes en manos de Dios. El papa Benedicto decía lo mismo: «El sacerdocio es un traspaso de propiedad». Es eso que repetimos con frecuencia de que la vida del cura es una vida «expropiada». Precioso. Pero también duro. Porque, oiga, ¿a usted le han expropiado alguna vez algo?

Insistía el papa Benedicto: «Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión». Ni el lugar donde vamos a estar, ni la gente con la que nos vamos a encontrar están en nuestras manos; están en manos de Dios, que sabe ya dónde nos quiere llevar y que nos espera donde haya una criatura. Nuestro problema, claro, no está en la voluntad de Dios, que aceptamos con la boca llena, sino en que esa voluntad con frecuencia nos llega a través de acontecimientos y de personas, de intermediarios. Y los criterios nos pueden parecer discutibles. Habrá mil casos en que nuestra voluntad choque con lo que nos gusta, nos apetece o nos parece justo. Pero cuando uno se entrega —y todos tenemos experiencia de ello—, cuando nos dejamos llevar, todo se vuelve más fácil.

Hay que hacer la guerra más dura, que es la guerra contra uno mismo. Hay que llegar a desarmarse. Yo he hecho esta guerra durante muchos años. Ha sido terrible. Pero ahora estoy desarmado. Ya no tengo miedo a nada, ya que el Amor destruye el miedo. Estoy desarmado de la voluntad de tener razón, de justificarme descalificando a los demás. No estoy en guardia, celosamente crispado sobre mis riquezas. Acojo y comparto. No me aferro a mis ideas ni a mis proyectos. Si me presentan otros mejores, o ni siquiera mejores sino buenos, los acepto sin pesar. He renunciado a hacer comparaciones. Lo que es bueno, verdadero, real, para mí siempre es lo mejor. Por eso ya no tengo miedo. Cuando ya no se tiene nada, ya no se tiene miedo. Si nos desarmamos, si nos desposeemos, si nos abrimos al hombre-Dios que hace nuevas todas las cosas, Él, entonces, borra el pasado malo y nos da un tiempo nuevo en el que todo es posible. ¡Es la paz! (Atenágoras I).